

Diálogo en Madrid

El 31 de octubre de 1997, cerrando la Semana de Autor dedicada a Jorge Edwards, celebrada en la Casa de América de Madrid con el auspicio de la AECI, dialogaron el citado escritor chileno y su colega y amigo peruano, Mario Vargas Llosa. A continuación se transcriben los principales momentos de dicha conversación.

La crónica y la ficción

Mario Vargas Llosa: Jorge ha escrito muchas más crónicas que yo y es mucho mejor cronista. Es uno de esos raros escritores hispanoamericanos que han dado a la crónica una gran creatividad y una alta dignidad artística. Tradicionalmente, la crónica, en América Latina, ha sido considerada un género menor, algo así como un intermedio entre el periodismo y la literatura. Hubo excelentes cronistas en el modernismo y escritores como Ventura García Calderón y Alfonso Reyes produjeron estupendas crónicas, pero luego el género fue menospreciado. Por eso, el caso de Jorge me parece tan excepcional. Ha dado a la crónica, el cuidado, la atención, la minucia artesanal, la pasión y la visión de aliento que los escritores suelen dar a las novelas. La trata como una tarea creativa, aunque estrictamente la crónica no lo sea, porque consiste en una reminiscencia de algo que ha ocurrido realmente, la evocación de unos hechos con los cuales el cronista no suele tomarse las libertades del narrador de ficción. Jorge, en sus crónicas –pienso en *Persona non grata* y *Adiós poeta*, que no es una biografía de Pablo Neruda, sino una crónica de la vida, la obra, la época y la persona de Neruda– ha trabajado con una orfebrería y unas dosis de imaginación que, generalmente, sólo tienen las novelas o los cuentos. Ésta es una de las características más personales de la obra de Jorge. Hoy son pocos los escritores latinoamericanos que cultivan la crónica y, menos aún, quienes lo hacen con la altura de Jorge.

Jorge Edwards: Una vez me invitó un crítico uruguayo, Emir Rodríguez Monegal, a dar una charla en la Universidad de Yale sobre el tema «Cómo

escribir no ficción a la manera de la ficción». Al final de la charla fijé esta conclusión: cuando escribo crónicas, me gusta hacerlo a la manera de un novelista o un cuentista, y cuando escribo novelas o cuentos, me gusta inventar la figura de un cronista que cuente la historia. Me muevo siempre en un terreno limítrofe. En cuanto a *Persona non grata* y *Adiós poeta*, son más libros de memorias que crónicas. En la crónica suele haber un cuento. A veces me ha ocurrido que me he puesto a redactar una crónica, he suspendido la escritura y me he resuelto a escribir un cuento, de modo que siempre entre el cuento y la crónica hay un espacio común. Así salió mi reciente libro de cuentos, *Fantasmas de carne y hueso*, que está compuesto por «crónicas reprimidas». Aunque no siempre, la represión ayuda a la literatura.

M. V. Ll.: Quisiera recordar, al hilo de lo que estás diciendo, lo importante que era la historia para nosotros, en la época en que nos conocimos. Era en París, a comienzos de los sesenta. Nos hicimos muy amigos y nuestro tema recurrente eran los libros, por supuesto. Pero no libros de literatura sino, mayormente, de historia. Recuerdo que leí a unos cuantos historiadores chilenos incitado por el entusiasmo con que Jorge me los presentaba. También me resultó contagiosa su pasión por Michelet. La historia ha sido siempre el alimento de la vocación literaria de Jorge. Mi caso es parecido. La historia me interesó a partir de un profesor universitario, Raúl Porras Barrenechea. No sólo era un gran historiador, sino un extraordinario expositor y el más sugestivo y hechicero enseñante que jamás conocí. Las clases de Porras sobre la conquista y sus crónicas –su gran especialidad– eran tan fascinantes que me hicieron dudar de mi vocación, ¿la historia o la literatura? En boca de Porras la historia parecía realmente la actividad más importante y la disciplina más profunda para entender la persona humana, la sociedad, hasta la realidad de la vida misma. El historiador era tan grande o más que un creador de ficciones. La historia, pues, me ha estimulado como material de trabajo, sobre todo en *La guerra del fin del mundo*. Siendo actividades que guardan tan estrecho parentesco, si examinamos de cerca las cosas y hacemos un severo escrutinio, advertimos entre ellas una diferencia esencial. La historia escrita, en teoría, es una descripción fiel de la realidad. La buena literatura no lo es nunca. Es infiel y describe una realidad que no refleja sino que contradice y transforma profundamente esa realidad que la alimenta. *La guerra y la paz* de Tolstoi es una extraordinaria novela no porque describa las guerras napoleónicas, sino porque las convierte en algo muy distinto de lo que fueron, tomándose toda clase de libertades con la historia. Y esto puede decirse de todas las grandes novelas históricas. La hechicera y deslumbrante batalla de Waterloo que aparece en *Los miserables* de Victor Hugo, no es una descripción fiel, acertada y veraz de lo que fue Waterloo. Es una versión completamente

imaginaria donde aparecen todos los fetiches, obsesiones, mitos y fantasías del genio victorhuguesco. El hecho histórico es el punto de partida y a la vez, la excusa. Hay, pues, una cesura teórica muy clara, aunque en la práctica, muchas veces, la historia sea ficticia y la ficción sea histórica.

J. E.: Creo, por el contrario, que no hay diferencia entre ambas escrituras. Los grandes historiadores son grandes artistas, inventores. El ejemplo perfecto es Michelet. Su *Historia de la revolución francesa* está escrita como una novela. Roland Barthes en un texto muy inteligente, *El discurso de la historia*, muestra cómo los lenguajes del historiador y el novelista son equivalentes. El historiador tiene como material el pasado, una realidad caótica y huidiza. Mientras el historiador no organice esa realidad, ella no existe. La tarea del historiador es introducir una coherencia estética en el material del pasado. Si no lo hace así, su tarea no funciona. Los grandes ejemplos son los historiadores antiguos, griegos y latinos. En ellos, la historia es pura creatividad. Mi interés literario por los historiadores lo despertó una conversación con Neruda en la que recordó este consejo de André Malraux: para entender a los franceses hay que leer la *Historia de la revolución francesa* de Michelet y el *Memorial de Santa Helena* de Las Cases. Comprendí que la novela es la historia privada de las naciones, como dijo Balzac y, viceversa, que la llamada historia es su historia, digamos, pública. De nuevo, un terreno limítrofe, de esos que me gusta explorar. Tomemos el caso de Proust. Recuerdo haber recomendado su lectura a Mario, que era bastante reacio al respecto. Le llegué a regalar un tomo de la edición Pléiade de Proust. No me atreví a regalarle los tres. Tengo la impresión de que no lo leyó en aquella oportunidad, aunque al final ha caído en la lectura de Proust. Éste es una suerte de inmenso cronista, tanto de la sociedad como de la intimidad (amores, obsesiones, decepciones, enfermedades). Y llega a ser un fantástico historiador privado. Así encaraba su tarea, como Flaubert. Era capaz de llegar a las tres de la mañana a la casa de una amiga, despertarla y hacerle sacar un vestido o un sombrero de un baúl para quedarse mirándolo horas enteras. Tomaba notas y lo describía con una aspiración a la exactitud propia de un historiador. Para mi gusto es quien ha llegado más lejos en esa tarea, insisto: limítrofe, de cronista-historiador privado.

M. V. Ll.: Proust es un magnífico ejemplo que demuestra que la literatura no es historia. Proust tenía la manía documental que tiene la mayor parte de los novelistas, con Balzac y Flaubert a la cabeza. Ahora bien: si leemos a estos tres escritores, vemos que las realidades por ellos descritas son incompatibles entre sí, completamente distintas. El orden de cada uno de ellos es diferente y la realidad ha sido recompuesta, a partir de una subjetividad e inyectándole una carga creativa que una historia que se respete no debería tener. En la imagen literaria no hay fidelidad a una realidad preestablecida